



MANUEL MOYANO

**LA COLINA
DEL ÁRBOL
HUECO**

**ILUSTRACIONES DE
FRANCISCO JAVIER
GARCÍA HERNÁNDEZ**



**alfaqueque
infantil-juvenil
2021**

Colección ACEBUCHE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

Director colección: Fernando Fernández Villa

“La colina del árbol hueco”

© del texto, Manuel Moyano, 2021

© de las ilustraciones, Francisco Javier García Hernández, 2021

© Alfaqueque Ediciones, 2021

Apartado de correos, 68
30530 Cieza, Murcia, España.

<http://www.alfaqueque.es>

Primera edición: octubre de 2021

IBIC: YFP6AJ

ISBN: 978 84 123954 1 9

Depósito legal: MU 848-2021

Printed in Spain - Impreso en España

La editorial es consciente de la necesidad de los recursos naturales para consumir cultura y de la colaboración en la conservación del medio ambiente. Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado un almez (*Celtis australis*) en el paraje de El Horno de Cieza (Murcia)



MANUEL MOYANO
(Córdoba, 1963)

Creció en Barcelona y vive en Molina de Segura (Murcia). Ha obtenido el premio Tigre Juan por *El amigo de Kafka*, el Celsius de la Semana Negra de Gijón por *El imperio de Yegorov* (también Finalista del premio Herralde), el Tristana por *La coartada del diablo* y el Carolina Coronado por *La hipótesis Saint-Germain*. Sus relatos y microrrelatos, recogidos en *El oro celeste*, *El experimento Wolberg* y *Teatro de ceniza*, aparecen en numerosas antologías. Como escritor de no-ficción es autor, entre otros, de *El lobo de Periago*, *Dietario mágico* o *Travesía americana*. Ha publicado también la novela para niños *Aventuras del piloto Rufus* y es miembro de la Orden del Meteorito.



FRANCISCO JAVIER
GARCÍA HERNÁNDEZ
(Murcia, 1977)

Doctor por la Universidad de Murcia, Licenciado en Filología Inglesa y Diplomado en Magisterio. Como ilustrador ha publicado los títulos *My Mum's Birthday*, *I think it's a Monster* y *Aventuras del Piloto Rufus*. Por otro lado, es autor de la novela *La Noche de los Niños Eternos*. Actualmente compagina la escritura y la ilustración con su labor docente en un colegio de Educación Primaria.

Índice

Prólogo	11
1. La caída del rayo	15
2. Buscando una sombra	21
3. Un descubrimiento sorprendente	25
4. La historia del señor Floripán	33
5. Se suceden los hechos extraños	37
6. Una visita nocturna	43
7. El plan de Cachalote	49
8. Tras la sombra de Demóstenes	55
9. El lenguaje de las sombras	61
10. Entrevista con Etolahcac	67
11. Lo que contó Cachalote	73
12. Cómo acabó todo	79
Epílogo	81

*Para mi hijo Carlos, que a los dos
años descubrió con horror que no
podía despegarse de su propia sombra*

PRÓLOGO

Hace ahora tres años, durante el invierno más frío que se recuerda en esta ciudad, un desconocido llamó a mi puerta.

Era un hombre muy viejo, con un sombrero de color verde y una bufanda azul que le cubría medio rostro. Su gabardina era también verde y, la verdad, no parecía abrigarle demasiado, porque tiritaba de tal manera que su cuerpo se agitaba como un saco lleno de ratones.

Se presentó como «el señor Ismael Marmitón» y, sin ni siquiera explicarme cuál era la razón de su visita, me dijo:

—A... aunque no lo parezca, yo ta... también he sido un ni... niño.

No tardé en comprender que, si hablaba de ese modo, era porque los dientes le castañeteaban a causa del frío.

Extrañado por su afirmación, le dije que no ponía en duda que hubiera sido un niño (todo el mundo lo ha sido alguna vez, ¿no?) y le invité a quitarse su sombrero verde, su bufanda azul y su gabardina también verde.

Después de hacerlo se sentó frente a la chimenea, frotándose las manos y dando pisotones en el suelo para entrar en calor. Antes de que empezara a explicarse, le serví un gran tazón de té hindú casi hirviendo.

—Sé que usted escribe historias —dijo al fin, mientras sorbía ruidosamente del tazón aunque estuviese quemándose los labios—. Por eso he venido a verle, porque tengo una historia que va a interesarle. Puedo asegurarle que es auténtica: yo mismo vi con mis propios ojos todo lo que voy a contarle...

Luego añadió:

—A lo mejor no recuerdo cada detalle con exactitud. Tenga presente que ocurrió hace muchos años...

Tengo una historia
que va a interesarle.



Y así fue como el señor Marmitón, sentado en mi sillón favorito durante aquella desapacible tarde de invierno, empezó a narrarme esta increíble aventura que, en algunos momentos, llegó a provocarme verdaderos escalofríos.

Mientras él hablaba, yo miraba por la ventana las calles cubiertas de nieve, las chimeneas escupiendo columnas de humo blanquecino hacia el cielo gris, y me preguntaba una y otra vez si aquel hombre no estaría loco de remate.

En todo caso, esta es su historia, más o menos tal como él me la contó. Podrá ser creída o no: eso queda en manos de cada lector. Yo no tengo otro mérito que haber tomado nota de sus palabras y haberlas agrupado por capítulos, porque así me enseñaron que es como deben ordenarse los libros.

LA CAÍDA DEL RAYO

Cuando el señor Ismael Marmitón era niño vivía en un barrio de casas de ladrillo rojo, a las afueras de esta misma ciudad.

Dado que entonces tenía solo nueve años, haremos bien en dejar de llamarlo «señor Ismael Marmitón» y lo llamaremos, simplemente, Ismael. Ahora es ya un anciano y acostumbra a levantarse antes de que salga el sol, pero —según me dijo— en aquella época era más bien perezoso y odiaba madrugar.

Entre los amigos del pequeño Ismael se encontraba Nando, que parecía tan grande como un adulto y al que todos llamaban «Cachalote». Y Queta, la única chica de su pandilla, que tenía el cabello pelirrojo y cum-

plía años el mismo día que Ismael. Y Saúl, de quien no podía decirse que fuese el chico más valiente del barrio.

También estaba, cómo no, Demóstenes, que además de tener aquel nombre tan raro sabía pronunciar sin atragantarse palabras como «trigonometría» o «paralelepípedo».

Cien metros más allá de la casa de Ismael se levantaban los últimos edificios de la ciudad y empezaba el campo. Un campo inmenso y salvaje donde se extendía una gran charca habitada por ranas y tritones y un bosque de álamos que, en otoño, se volvían dorados como el papel de envolver chokolatinas.

También se levantaba allí un torreón abandonado en cuyo interior los amigos celebraban reuniones secretas y aprovechaban para darse a escondidas grandes atracones de golosinas. Sobre todo Nando, alias «Cachalote», a quien sus padres tenían siempre a dieta.

En lo alto de una colina destacaba la silueta de un viejo roble sobre el que años atrás, durante una tormenta de verano, ha-

bía caído un rayo. Ese árbol lo habían bautizado como «el Árbol Hueco», porque en su día el rayo abrió una cavidad tan enorme en su tronco que podían meterse dentro dos o tres de ellos. Algunos vecinos supersticiosos decían que, desde entonces, aquel árbol estaba encantado.

Una mañana de julio, mientras trataban de atrapar a una culebra que se había escondido entre los juncos que rodeaban la charca, vieron venir a lo lejos un ejército de nubes tan oscuras como el alquitrán.

Un relámpago iluminó repentinamente el horizonte y, poco después, se escuchó un poderoso trueno. Demóstenes les explicó que el relámpago se ve antes de que se oiga el trueno, ya que la luz se transmite más deprisa que el sonido.

En un santiamén, las nubes habían llegado hasta ellos y empezaron a descargar un auténtico diluvio sobre sus cabezas. Como no sabían que los árboles atraen los rayos y que uno debe mantenerse alejado de ellos durante las tormentas, echaron a correr hacia el Árbol Hueco.

Cachalote, pese a su tamaño, podía moverse con bastante agilidad cuando era necesario, así que fue el primero en refugiarse en la cavidad del tronco. Como su cuerpo era tan grande, una vez que se metió allí dentro ya no cabía nadie más.

Mientras Ismael, Queta y Demóstenes se calaban de agua hasta los huesos, él empezó a reírse a grandes carcajadas. Fue en aquel preciso momento cuando una luz muy intensa, seguida de un ruido ensordecedor, les obligó a cerrar los ojos.

Al abrirlos de nuevo vieron a Cachalote tumbado en la hierba, con los pelos de punta y toda la ropa chamuscada: un nuevo rayo acaba de caer sobre el Árbol Hueco, con tanta fuerza que su amigo había salido despedido hacia el exterior.

Queta, tras agacharse y acercarle el oído al pecho, aseguró que su corazón aún latía.

Cargar entre los tres con Cachalote y portearlo hasta su casa les llevó horas y les supuso un enorme esfuerzo, pero todavía fue peor tener que escuchar los gritos, lloros y reproches de sus padres, ya que aún seguía inconsciente cuando llegaron allí.



Al rato vino el médico y, después de examinarlo, dijo que Nando (porque él no lo llamaba Cachalote, claro está) se pondría bien, y que había tenido muchísima suerte de salir con vida de aquel accidente. Antes de irse le recetó un jarabe y les recomendó a sus padres que se tomara unos días de reposo.

Tres días después, Cachalote abandonó la cama y los reunió a todos al anochecer, junto a la tienda de golosinas de la señora Lacustre. También acudió Saúl, quien no había estado presente el día de la tormenta.

Cachalote parecía muy nervioso. Todos creyeron que aún no se le había pasado el susto por la caída del rayo, pero esa no era la razón de su nerviosismo. Los llevó bajo una farola y señaló al suelo. Como nadie dijo una palabra, él añadió, enfadado:

—¿Es que no notáis nada raro?

Tardaron algún tiempo en darse cuenta. Pero, cuando al fin lo hicieron, tuvieron que aceptar que lo que le estaba pasando era, en verdad, muy raro.

La sombra de Cachalote había desaparecido.